

A PROPOSITO DEL AUGE TEATRAL

CARLOS RODRIGUEZ

EXISTE el auge teatral en México? Es la pregunta. La respuesta es: NO. No existe. Existe un movimiento que puede hacer llegar el teatro al auge que todos esperamos; existe una labor que el Estado, a través del Instituto Nacional de Bellas Artes, realiza por cuantos medios tienen a su alcance: Teatro Infantil, delegados foráneos, escuelas en la capital y en la provincia, concursos dramáticos, una Unidad Cultural: la del Bosque, con dos teatros, y la pronta restauración de otros que albergarán a compañías de calidad para lograr ese auge que empieza a percibirse y hacerlo llegar al pueblo. Existe auge de teatros, de teatros de bolsillo; de locales, eso sí, pero el auge teatral artístico no existe todavía, a pesar de los esfuerzos desplegados.

Para que exista, es necesario que las fuerzas que lo integran cumplan debidamente su función.

Tres fuerzas son éstas: AUTOR, ACTOR Y PUBLICO.

Analicemos primero el trabajo del autor ya que, indiscutiblemente, es el factor más importante para el desarrollo de la actividad teatral.

¿Hay realmente autores de teatro en México? Si. Los hay y los ha habido muy buenos. Entre aquellos que encauzaron la corriente literaria mexicana, que trataba de apartarse de todos los estilos europeos para crear lo auténticamente nacional, encontramos a Sor Juana Inés de la Cruz, a Fernando Calderón, a José Peón Contreras, a Manuel Eduardo de Gorostiza. Estos fueron, digamos, los *pioneros* del teatro mexicano.

Pero ocupémonos de los actuales. Los de la pasada y los de la nueva generación. De éstos, podemos hacer un ligero análisis, y para el caso se pueden dividir en cuatro grupos: Primero, el maduro; segundo, el prospecto; tercero, el comercial, y cuarto, el aficionado.

En el primer grupo, podemos incluir a autores que han escrito varias obras; algunas han sido buenos éxitos, otras no han resistido una crítica severa y algunas se han quedado en el cajón del escritorio. Autores cuya producción fué fecunda en una época (primer tercio del siglo), que son más o menos conocidos, que su fama en algunos casos es casi internacional y que han sido modelos, buenos o malos, de la nueva generación. En este grupo, puede incluirse a Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Rodolfo Usigli, J. Joaquín Gamboa, Julia Guzmán, Celestino Gorostiza, Ladislao López Negrete, Concepción Sada, Nemesio García Naranjo, Ricardo Parada León, Agustín Lazo y otros contemporáneos de éstos que siguieron o siguen la misma línea.

Algunos como Novo, Usigli y Gorostiza aun perteneciendo a este grupo pueden ser considerados en cualquiera de los otros, ya que siguen produciendo en la actualidad nuevas obras que compiten con la calidad de algunos jóvenes principiantes.

El segundo grupo le forman los prospectos. Unos mejores que otros, pero todos con esa inquietud por lograr la calidad que tiende a realizar el buen teatro, el teatro artístico. De este grupo, algunos han destacado, a pesar de ser tan jóvenes en el oficio, gracias a que sus trabajos son lo mejor que se puede hallar en el mercado teatral. Podemos citar entre otros a Sergio Magaña —seguramente el mejor, aunque no muy fecundo—, a Emilio Carballido, Ma. Luisa Algarra, Luisa Josefina Hernández, Carlos Prieto, Jorge A. Villaseñor, Wilberto Cantón y posiblemente uno o dos más que completan este grupo, el cual puede ser la esperanza del teatro mexicano.

Esto sea dicho sin ningún apasionamiento puesto que se ha visto claramente que son —especialmente los nombrados— autores que se han preocupado por crear una nueva corriente que acabe con el extranjerismo que invadió el medio artístico mexicano durante el primer tercio de este siglo y con la invasión de obras mediocres que nos llegan en la actualidad.

Y sigue el grupo tercero. Los que lo integran se han especializado en escribir muchas obras de baja calidad artística por considerar y pensar los autores de ellas que es más conveniente y que son imanes de gran taquilla. De éstos, han destacado casi todos en el mismo plano, colocados en *primera fila* y a veces —por desgracia favoritos de ese público que gusta del teatro fácil o *vodevilésco*. Aquí, encontramos a Luis G. Basurto, Rafael Solana, Federico S. Inclán, Alfonso B. Anaya, Jorge Ibarguengoitia y posiblemente algunos más que, siguiendo el mal ejemplo, engrasarán esta lista de autores de obras que no serán recordadas jamás por lo insulso de su tema o lo pobre de su calidad. Estos jamás se ocupan de mejorar nuestro teatro. ¿Por qué? ¿Porque no pueden o porque no quieren? Quién sabe. Pero si son capaces de escribir tantas comedias, bien puede suceder que de sus plumas salgan cosas de mejor calidad artística aunque esto vaya en detrimento de su fecunda producción.

Y, por último, el cuarto grupo: los aficionados. En éste, se reúnen todo aquellos autores o pseudoautores que logran escribir una comedia por casualidad, y cuya calidad no es artística ni comercial; que alguna vez consiguen escribir algo que *gusta* a un reducido número de amigos, pero que si llega al público se queda en nada. Es el tipo de *autores* como Héctor Mendoza, Barbachano, Othón Gómez, Humberto Robles, Salinas, Crespo, etc., etc., que se han dedicado exclusivamente a escribir comedias que concursan cada vez que hay una oportunidad.

Claro que de estos puede salir alguno que, a fuerza de trabajar incansablemente y a conciencia, logre colocarse entre los del segundo grupo, y así, con todos los demás auténticos valores, puedan crear una barrera contra lo pésimo y ayudar a que nuestro teatro se dignifique y pueda competir no sólo entre sí sino con los mejores teatros del extranjero.

Visto a grandes rasgos este panorama de autores, se puede pensar que hay infinidad de obras para llenar las carteleras de los muchos teatros de la ciudad. Pero no es así. De todos los citados, aquellos que más se producen son los del tercer grupo: los comerciales. Y como no se puede lograr una tradición a base del espectáculo exclusivamente comercial que hace a un lado la calidad artística, no se puede considerar que exista auge de dramaturgos en México.

La segunda fuerza del espectáculo teatral es el ACTOR. Este, que es el intérprete del primero, que sirve de mensajero entre el autor y el público, "que es —dice Platón— el eslabón medio que une al espectador con el poeta", es, de las tres fuerzas, el que goza de mejores beneficios en el teatro. La referencia es, claro, al actor profesional, profesional no en el sentido económico sino al profesional de oficio. El actor tiene que dedicarse íntegramente a su trabajo, a su profesión; sacrificarse por el teatro, ser un esclavo fiel de éste, y no al revés.

Existen los llamados *experimentales* o aficionados, término más exacto, que no son sino grupos de improvisados que, al calor de un movimiento efectivo para sacar al teatro del marasmo en que está sumido, han querido fundirse con los que auténticamente desarrollan una labor en pro de ese teatro.

Por esto es por lo que el oficio del actor en México se ha desprestigiado cada vez más. Porque han hecho de la profesión un modo fácil de subsistir sin preocuparse por aprender.

Luego, existe el problema del triunfo fácil tras el cual todos corren. Este se halla frente a las cámaras de TV. Y sucede este fenómeno: los profesionales en toda la extensión de la palabra, actores de la vieja generación que se habían alejado del teatro, han vuelto a ocupar en las tablas el lugar que debería estar ocupado por la juventud teatral, pero ésta prefiere refugiarse en un estudio de TV, porque es más fácil llegar y generalmente es trabajo mejor pagado.

Por esta causa, actores que podrían ostentar este título se han perdido en el anonimato o se han quemado precisamente con las electrónicas cámaras de TV. Justo castigo por desviar el camino que se habían marcado para pertenecer al teatro.

¿Por qué aquellos que se deben al escenario no vuelven los ojos a él y dejan la gloria efímera de la televisión a los menos preparados? Será porque existe el tipo especial, conve-nenciero, que busca en el teatro un medio, un escalón para llegar a la TV —su máxima aspiración— o al cine, los más audaces.

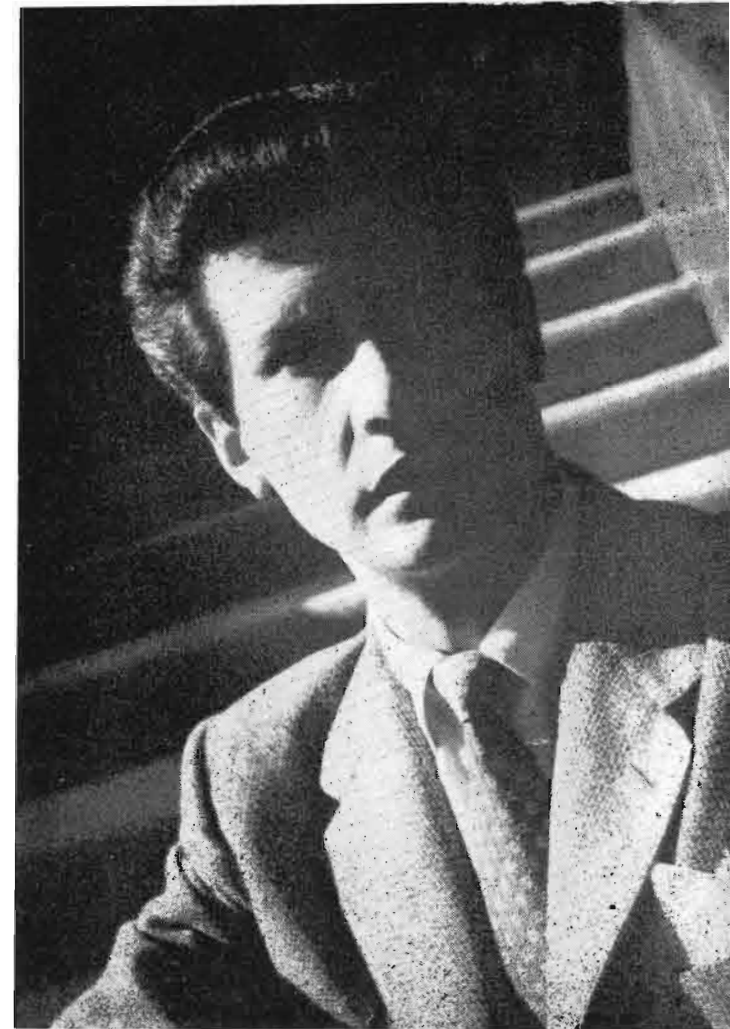
Partiendo de este punto a todas luces pesimista pero real, nos damos cuenta de que el actor, lo que debe ser el verdadero ACTOR y sobre todo el actor joven, el de la nueva generación, el que deberá substituir a los grandes de la escena, el que puede ser la esperanza del teatro en México, NO existe. Porque no lo pueden ser los improvisados ni los audaces que sólo van a probar fortuna.

Causa de esto es también la falta de escuelas propias para aprender la profesión, para lograr la perfecta formación del actor, para hacer de jóvenes con facultades, artistas que sean parte y principio de esa tradición teatral tan importante para los pueblos y que en México apenas ha empezado a echar raíces. Ciertamente existe la Escuela de Arte Dramático del INBA que aunque capaz, no es suficiente para la gran población de jóvenes con auténticos deseos de llegar a ser actores; también tenemos la escuela de la ANDA pero esta se especializa más en actores cinematográficos que en formar actores para el teatro.

Los concursos a que anualmente convoca el INBA y a los cuales asisten bastantes grupos que ahora no tienen la calidad necesaria, serán posiblemente la cuna de donde salgan algunas compañías que, poniendo todos sus esfuerzos en bien del teatro, destaquen por su excelente calidad. De ahí mismo, pueden salir los actores que —ahora negados— puedan brillar por su entusiasmo y dedicación.

Examinadas las dos primeras fuerzas y visto que su exist-

¿QUIÉN VA substituir a los actores de otras épocas?



LÓPEZ TARSO: uno de los pocos actores jóvenes.

tencia es negativa a pesar del *snobismo* imperante en el medio artístico, examinemos la tercera, que es el público, para aseverar de antemano que tampoco existe.

Si, existe un público, pero un público de *vodeviles*, de espectáculos ramploes, de obras insubstanciales; un público que asiste a las salas por *snob*, que únicamente va a los estrenos cuando le obsequian un pase; en fin, existe un público que no está educado para apreciar las pocas cosas que llegan a representarse.

No hay que olvidar que el teatro es escuela de costumbres, que su radio de acción es muy amplio; que se puede educar al pueblo por este medio mejor que por otro cualquiera; que se debe hacer teatro para toda clase de público y no solamente para ese reducido grupo que llena los estrenos o que gusta de lo exótico, o que puede pagar altos precios por una localidad.

Entre el pueblo, existe un público sencillo y conocedor, al cual se le puede guiar hacia el buen gusto con obras propias y de calidad, sin lenguaje grosero ni difícil, que lleven el consabido *mensaje*, y a precios populares.

Una vez logrado esto, se habrá conquistado un auténtico público que más tarde pueda llenar cualquier sala y mantener el mejor espectáculo teatral.

Naturalmente que para lograr esto es preciso que el AUTOR, el ACTOR, y en general todo el elemento que sirva al teatro telón adentro, hagan su mejor esfuerzo para lograr al fin un TEATRO digno de este México actual que ante el concurso de las naciones tiene una bien cimentada fama de país adelantado.

EXISTE UN movimiento que quizá lleve al auge.

